inglesa. La obra de Pablo Guevara asume la historia como una totalidad universal y desde esta posición personal la escudriña en busca del ser del hombre:

*Llegaron al punto
en que se volvió a demostrar
que lo habitual y cotidiano
es la Historia
y que vahos, sudores, llagas, imprecaciones,
pies como globos, diarreas, caídas, maldiciones
a través de muchos kilómetros sin testimonios
son la Historia
otra Historia
y destruyeron el Imperio Romano
su injusta Pax*

La década del sesenta, en el plano político, está marcada por un acontecimiento trascendental para América Latina: la revolución cubana. Bajo su ejemplo se iniciará en el Perú el proceso guerrillero y los levantamientos campesinos, que Javier Heraud, Marco Martos y Antonio Cisneros registran en su poesía.

De los poetas antologados de esta generación, Cisneros es el que con seis libros publicados y con un premio consagratorio (Casa de las Américas, 1968) se ha constituido en uno de los más brillantes de la poesía hispanoamericana. La poesía de Cisneros revela una constante preocupación humanista. Es una poesía de la acción cotidiana, crítica, contestataria de enfrentamiento; es al mismo tiempo la revelación de una inquietud formal que se plasma en la arquitectura depurada de gran exigencia formal de sus poemas. En su libro premiado, *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*, se aprecia su voluntad de incidir sobre el desvelamiento de la realidad. Esta es asumida como una totalidad concreta que se manifiesta a dos niveles: con la realidad circundante y con su persona. Es una preocupación por descubrir el mundo de la alienación y los mitos de la historia. En su último libro, *Como higuera en un campo de golf* (1972), Cisneros se propone transfigurar la realidad: él es el alquimista del verbo que crea una realidad artísticamente nueva. *Como higuera...* es la imagen de la desolación y el desarraigo. Este libro asume una visión crítica de Europa —como en Lihn y Roque Dalton— a través de los ojos de un latinoamericano rebelde, crítico e informe que calibra la validez de los dioses culturales de Occidente, pero al mismo tiempo impone la perspectiva del hombre del Tercer Mundo.

Aunque la antología no incluye ningún poeta posterior al setenta, creemos que lo que muestra es suficiente para que el lector de habla inglesa se dé una idea cabal de la riqueza de la poesía peruana. La traducción, a cargo de Maureen Ahern, Ena Hollis y David Tipton, guarda la fidelidad al original.

University of Pittsburgh.

ROGER ZAPATA

LUIS SOLER CAÑAS. *Güiraldes y su tierra*. Buenos Aires: Ediciones Castañeda, 1977.

Este libro no consiste en ensayos de crítica literaria en el sentido preciso y exigente de la palabra. El fin confesado es evocar el solar y terruño de Ricardo Güi-

raldes, San Antonio de Areco, y desde allí animar la formación espiritual y las querencias determinantes del escritor. Areco, en la vida y en la obra del poeta, se detiene prácticamente en la p. 94. El resto, menos del doble, se llena con un apéndice documental que incluye una breve antología, juicios de la crítica y algunos homenajes poéticos, entre otros los de Jules Supervielle, Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges.

Más que proponer una biografía definitiva del escritor, sobre la base de las que abundan, el autor se complace en recordar sólo aquello que es útil para su cosecha. Sin embargo, llena algunos vacíos con nuevos testimonios que le llegan incluso de notas periodísticas. Su propósito, además, es extender rumbos ya anticipados. Recuérdese el juicio de Angel Battistessa: «El pago de Areco constituyó el centro vivo de su teoría del mundo.» O el de Jorge Becco: «Toda su creación nace de la llanura.» Ciertas anécdotas o actitudes de pesimismo o desesperación de Güiraldes, propio de su espíritu exigente, son bien conocidas. Pero Soler Cañas piensa que el poeta amaba su terruño hasta en la derrota: «En La Porteña, en su tierra de siempre, rodeado por seres y cosas consustanciados con su alma, respirando los aires que lo nutrían espiritualmente, nace buena parte de sus libros. Allí, en Areco, en el pozo de un aljibe, quiso sepultar, fuera del alcance de miradas extrañas, el fracaso de su primer libro. No lo mandó a la vil almoneda de los negocios de lance ni lo hizo trucidar por la guillotina imprenteril para que lo convirtiera en negociable papel viejo; no lo enterró en sagrado, por decirlo así, sino buscó en el pozo de un aljibe una frescura pareja a la de sus poemas» (p. 50). No puede ocultársenos, se asegura además, que Güiraldes amaba su pago con orgullo natural y no creía indigno que nacieran allí sus libros, en la imprenta de un humilde artesano del oficio, Francisco Colombo. En esa imprenta de Areco se editaron por primera vez *Rosaura*, *Xaimaca* y *Don Segundo Sombra*.

Por otra parte, Soler Cañas formula un juicio generalmente compartido. Ciertas páginas de Güiraldes, inspiradas en la vida bohemia de París, no son las más vivas y logradas. Lo que más vale de la novela *Raucha*, dice, es «el regreso de Raucha a su tierra de siempre para cobrar nuevas fuerzas, para encontrarse con la verdad» (p. 54). Güiraldes está entero, en efecto, cuando el núcleo de su vida mental evoca su pampa venerable. Sin embargo, cabe advertir que *Xaimaca* merece una excepción. Allí está potente y original el escritor de Areco, porque su fantasía no es de copia o realista, sino estética, interior, y tendía a renovar la tradición en todo sentido. Recordemos, para mayor abundamiento, estas palabras de Borges, que caen bien aquí: «Todo lo que hagamos con felicidad los escritores argentinos pertenecerá a la tradición argentina, de igual modo que el hecho de tratar temas italianos pertenece a la tradición de Inglaterra por obra de Chaucer y de Shakespeare» (en *Discusión*, «El escritor argentino y la tradición»).

Pensamos así que no sólo vale la exaltación encomiástica del autor de *Don Segundo Sombra* por haber subordinado ritualmente todos sus temas a la pampa. No era un escritor limitado, afincado en su ínsula, puesto que la llanura es inacabable y quimérica. El vio su espíritu a la redonda, convencido a la postre de sus ojos visionarios, ya que la incomprensión prematura de sus congéneres no había sido más un accidente externo, y que en el orden de la conciencia individual y de su pueblo, él se hallaba al fin en armonía con la noble *luz* que se da por dentro y por fuera: «Mi palabra no es personal ni aspira a expresar sentimientos personales. Entre extraños aprendí a ver lo que en mí había de nacional, lo que hay en mí no de individual, sino de colectivo y común a todo mi pueblo. Los contrastes evidenciaron lo propio de lo extraño. La incomprensión obró como piedra

e hizo nacer el reflejo que me apareció como luz, como mi luz, como nuestra luz» (p. 60).

Este pasaje de compenetración tan amorosa que pudiera ser ricamente cotizado por Jung es citado por Soler Cañas, que prescinde de su legítimo carácter universal. No parece percatarse de que más allá de «mi pueblo», de la «raza» y de la «nación» Güiraldes ha querido decir la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo. Creemos sincero a Soler Cañas, pero discrepamos con respecto a sus creencias privadas, y más aún cuando trata de subvertir los valores éticos y espirituales. Porque embandera a Güiraldes e intenta, valiéndose de un homenaje de admiración intelectual, colocarlo entre los patrones del saladero y de la cinta colorada. Me refiero al juicio desigual, cuya puntería falla. Dice así refiriéndose al cantor de Areco que quiere exaltar: «Señor gaucho, quizá fuera la expresión que mejor lo definiese: al estilo de aquellos estancieros de antaño, adelantados de la frontera, como, entre otros, aquel bonaerense, don Juan Manuel de Rosas, de quien fue su amigo, pero también adversario político, su bisabuelo Guerrico» (p. 62). Pero bien sabemos, manchados de punzó, el fin que tuvieron los «amigos» de Rosas, desde Pancho el Ñato al doctor Maza. Lo que Soler Cañas debió recordar fue lo contrario: que el tirano hizo del gaucho, cuando su ley paranoica arreció, fue convertirlo en cautivo del patrón y del gobierno, es decir, en el hombre que debía renunciar a lo más suyo, la libertad y su caballo. «Don Segundo estaba hecho para irse siempre», tal fue la primera y última visión que tuvo Fabio Cáceres, del que se va sin querencia, sin pago, porque pertenece al horizonte, a la entidad sin obstáculos. La llanura fue ciertamente para Güiraldes su centro ultranervioso, incluso en sus poemas de última hora, *solitarios* o *místicos*, porque el gaucho era para él, buscando siempre la lejanía, la encarnación de la poesía, «aquello hacia lo cual tiende el poeta». El mensaje de Areco, pues, era un mensaje más allá de su predio y de su piedra, una incursión al pasado vivo, el que por sí mismo se modifica con la experiencia del presente, aumenta y se depura hasta convertirse en una auténtica creación universal.

ARMANDO ZÁRATE

University of Vermont.